

Donald Trump representa a una parte significativa de la sociedad estadounidense que padece xenofobia hacia los latinoamericanos que, en grandes cantidades, aspiran a encontrar un “empleo” en Estados Unidos por la carencia de opciones económicas en sus países nativos. América Latina, tan rica en recursos naturales, en historia y contribuciones culturales, pero tan pobre en creaciones tecnológicas y capacidades organizativas, rubros en que los anglosajones y los japoneses históricamente se han concentrado y, ahora, también los chinos.

Bajo un esquema capitalista, los anglosajones han acumulado y concentrado la propiedad de cada vez más grandes empresas a las que dedican sus esfuerzos cotidianos para alcanzar cada vez más poder económico en un ambiente de competencia que acentúa el individualismo. Aproximadamente a los 18 años los jóvenes anglosajones requieren tener trabajo para vivir por separado de sus padres; tienen que trabajar para sobrevivir y, si pueden, volverse empresarios para enriquecerse con el trabajo de otros. Ese esquema disminuye las vivencias afectivas, la confianza y la profundización en las relaciones familiares y amistosas, por lo que la soledad y el estrés se acentúan. Al mismo tiempo que se desarrolla y se concentra el poder económico de los anglosajones, crecen las psicopatologías: depresión, agresividad, rigidez, obsesiones, perversiones y adicciones químicas y lúdicas. Entre muchas otras problemáticas, estas psicopatologías de los anglosajones generan una vocación armamentista que resiste y se sobrepone a todas las convocatorias pacifistas, así como produce muy altos consumos de drogas legales y prohibidas.

Los japoneses y los chinos tienen el respaldo de grandes culturas históricas, incluyendo aspectos religiosos, que canalizan y/o contienen en alguna medida las tendencias psicopatológicas del aislamiento, la rutina y las presiones laborales.

El alto consumo de drogas prohibidas, incluyendo al fentanilo que produce más de 100 mil muertes anuales en Estados Unidos, genera un mercado negro internacional que, a su vez, hace que surjan y se desarrollen mafias que rivalizan entre sí por las enormes cantidades de dólares que no pueden guardar en bancos. Los gobiernos usan como bandera el combate al narcotráfico, no obstante que el poder económico de éste los corrompe, los infiltra y, en muchos casos, los domina. Son conocidos los casos de personajes de alto nivel gubernamental que estaban encargados del combate al narcotráfico y, poco tiempo después, se supo que en realidad lo solapaban y compartían sus ganancias.

En esa vorágine, la violencia social crece sobre todo en los países latinoamericanos. Los cárteles latinoamericanos vinculados a las drogas prohibidas crecen desmesuradamente en su poder económico y militar, así como se expanden hacia otras ramas de delincuencia como la extorsión, el secuestro y la trata de personas. Es obvio que también hay cárteles estadounidenses y en otros países anglosajones, pero sus gobiernos los toleran y tienen acuerdos tácitos o explícitos con ellos.

En una especie de aberración cognitiva, el gobierno y los medios de comunicación estadounidenses culpan a los cárteles latinoamericanos por la droga que muchos de sus ciudadanos compran y consumen. Imponen ese enfoque a una gran parte de los televidentes. No quieren verlo al revés, como realmente es: la necesidad que tienen sus ciudadanos de consumir drogas y la posibilidad que tienen de pagar por ellas es lo que genera que haya quienes quieran vendérselas. En efecto, aunque los gobiernos encarcelen o asesinen al 100 por ciento de los actuales narcotraficantes, surgirán otros que respondan a las necesidades de los adictos que genera el sistema de vida estadounidense, más que en otros países.

A los migrantes que solamente buscan un buen trabajo en los Estados Unidos, se les estigmatiza como delincuentes o “malvivientes”; sin valorar todo lo que han contribuido históricamente al crecimiento de la economía en ese país. No se valora que los migrantes que logran establecerse en Estados Unidos recibieron

capacitación escolar en sus países de origen, con un gran costo económico, y la ponen al servicio del país al que llegan a trabajar. Los migrantes ilegales suelen trabajar con salarios menores a los que reciben los trabajadores nativos de Estados Unidos, pero que son mucho mayores a los que tendrían en sus propios países. Esto les permite ser generosos con sus familiares, a quienes envían grandes y crecientes cantidades de dólares cada año, contribuyendo así a mitigar la pobreza y las dificultades económicas nacionales.

Los adictos, los migrantes, los narcotraficantes y los sicarios pasaron por la escuela y son producto también de determinadas pautas de crianza que se ensamblan con el sistema político-económico imperante: el capitalismo. La organización de las escuelas, la formación de docentes y los programas escolares están orientados a formar “empleados” y no a desarrollar las vocaciones y capacidades creadoras, cooperativas y organizativas de docentes y estudiantes. Esto conlleva la separación entre vida real y vida escolar, así como entre escuela y comunidad. Las escuelas preparan para “la vida”, para que “en el futuro” los egresados puedan trabajar para alguien y tener una manera de sobrevivir; como si el presente de los niños y los jóvenes en las escuelas significara estar “tras bambalinas” antes de entrar al escenario real-laboral; como si en ese presente no estuviera ya vigente la vida real.

En la crianza muchas veces hay también un significado de estar preparando a los niños para el futuro. En el presente, los padres son los que saben y deciden lo que es bueno para los niños y adolescentes. Estos tienen que obedecer, no hacer su voluntad, sino la de los padres y maestros. Los padres asumen que los niños son erráticos o caprichosos y no saben lo que les conviene. Así, como lo hizo notar Foucault, la crianza y la educación escolar se orienta a vigilar y castigar. Hay una lógica represora constante. No se concibe una crianza y una educación sin castigos.

La idea de la libertad, que surgió como emancipación de los esclavos y de los siervos a través de los pensadores de La Ilustración y de la Revolución Francesa en el Siglo XVIII, fue clave para la creación y desarrollo del sistema capitalista y, por tanto, de la democracia como suma de voluntades-libertades individuales, haciendo parecer lógico que la mayoría se impusiera sobre la minoría. Poco se ha pensado en la relevancia de integrar voluntades a través del diálogo y la construcción de consensos. En la política, la mayoría manda y la minoría obedece; en las empresas, los propietarios mandan y los empleados obedecen; en la escuela, los maestros mandan y los alumnos obedecen; en la familia, los padres mandan y los hijos obedecen. A los que mandan les corresponde vigilar y castigar; porque, si no, la “libertad” de los sometidos hará que realicen acciones negativas para la vida social, escolar o familiar o para ellos mismos.

Ese paradigma aparentemente libertario es en realidad lo contrario: el sometimiento de unos a la voluntad de otros. Se requiere superar ese paradigma para detener la decadencia apocalíptica de la vida social contemporánea. Urge desarrollar capacidades de diálogo, integración y organización de perspectivas-voluntades. Construir una sociedad que no requiera de las sanciones porque la crianza y las escuelas forman niños y jóvenes comprometidos afectivamente con sus comunidades, capaces de cooperar y coordinarse para formar y desarrollar todo tipo de empresas (agrícolas, industriales, de servicios, deportivas, artísticas, logísticas), en las que vocaciones, intereses, afectos y talentos, individuales y colectivos tengan las condiciones óptimas para su mejor despliegue.

Si la crianza y las escuelas promueven la autogestión creadora, desaparecerá la migración y habrá crecimiento económico y cultural en cada pueblo y ciudad. Si los niños y jóvenes, apoyados por sus docentes, planean y realizan beneficios para sus comunidades, entrarán en compromiso afectivo con ellas y desaparecerán las tendencias a la corrupción. Las satisfacciones y las vinculaciones afectivas que propicien a través de la realización de proyectos comunitariamente relevantes disminuirán las adicciones a niveles

cercanos a cero. Al no haber adictos, desaparecerá el narcotráfico y, por tanto, la violencia, la producción de armamento, y, en general, la delincuencia organizada. Incluso los delitos imprudenciales disminuirán a niveles ínfimos. Los niños y jóvenes que aprendieran a organizarse y a desarrollar empresas cooperativas, no tendrían la necesidad de buscar quién los emplee (quién los use); desarrollarán autoestima y gran satisfacción generando bienes y servicios orientados al beneficio social, logrando también altos índices de calidad de vida personal y familiar a través de un consumo racional y prudente de bienes y servicios producidos por otros.

Los educadores latinoamericanos podemos crear y desarrollar proyectos pedagógicos alternativos a los que se orientan a formar empleados, sabiendo que es necesario a la par ir cambiando los sistemas económicos y políticos actuales que corresponden al paradigma decadente antes descrito. La transformación escolar y familiar y de la filosofía educativa que estamos desarrollando se articula con la lucha por transformar también la filosofía y la práctica del conjunto de la vida social.

En lugar de que los gobiernos estadounidenses se concentren en limitar el acceso a los migrantes latinoamericanos y en pretender aprehender o asesinar a los narcotraficantes mexicanos, podríamos convocar y apoyar a los migrantes para organizarse de manera autogestiva en empresas cooperativas en nuestros países, así como promover la integración económica latinoamericana a través de una moneda común. Podemos desarrollar folletería y videos en inglés y español o brasileiro para orientar a padres de familia y docentes de educación básica de Estados Unidos a fin de mejorar en todo lo posible sus pautas de crianza y educación escolar, con un sentido afectivo, creativo y de compromiso social. También podemos convocar a los latinoamericanos y a otros sectores oprimidos que viven en Estados Unidos a luchar por la transformación económica y política de ese país hacia el proyecto de la Sociedad del Afecto, como alternativa, clara y realista, al destructivo sistema capitalista.

Marco Eduardo Murueta

Editor